

Hacia una estética ecológica para la transición ecosocial

José Albelda

Universitat Politècnica de València (jalbeld@pin.upv.es).

Abstract

Aesthetics is an important vector for the visibility of ideologies. In a broad sense, as a physical realization of a cultural project, it can become a facilitating means of drastic changes in worldview. Analyzing the dominant contemporary aesthetics corresponding to neoliberal technological capitalism, we can see where the trend that moves our globalized society is heading: the consolidation of virtual reality and posthuman technification as ways of desirable progress. All this reinforces the gap between the globalized ecosocial crisis and the simplified imaginary that sustain our digital daily life.

The paper questions this institutionally imposed consensus, and defends a new worldview of rebalancing between culture and natural ecosystems. We will start from the proposals of a new Enlightenment (Garcés, 2017; Riechmann, 2018), which recovers a radical humanism in the face of hypertechnological and anthropocentric bad dreams in the times of the decline of capitalocene. All this implies a great collective project that necessarily borders institutional political models, to retake the heritage of 15M and new movements such as Fridays for future and Extinction rebellion, looking for how their claims can be systematically realized and increased in time.

Keywords: ecological aesthetics, sustainability, permacultural design, ecosystem awareness, eco-social transition.

Resumen

La estética es un importante vector para la visibilización de las ideologías. En un sentido amplio, como concreción física de un proyecto cultural, puede convertirse en un medio facilitador de drásticos cambios de cosmovisión. Analizando las dominantes estéticas contemporáneas correspondientes al capitalismo tecnológico neoliberal, podemos comprobar hacia dónde se dirige la tendencia que mueve nuestra sociedad globalizada: la consolidación de la realidad virtual y la tecnificación posthumana como vías de progreso deseable. Todo ello refuerza el desfase entre la crisis ecosocial globalizada y los imaginarios simplificados que sustentan nuestra cotidianidad digital.

La ponencia cuestiona este consenso institucionalmente impuesto, y defiende una nueva cosmovisión de reequilibrio entre cultura y ecosistemas naturales. Partiremos de las propuestas de una nueva Ilustración (Garcés, 2017; Riechmann, 2018), que recupera un humanismo radical frente a los malos sueños hipertecnológicos y antropocéntricos en los tiempos del declive del capitaloceno. Todo ello implica un gran proyecto colectivo que necesariamente orilla los modelos políticos institucionales, para retomar la herencia del 15M y nuevos movimientos como Fridays for future y Extinction rebellion, buscando cómo pueden concretarse de forma sistémica sus reivindicaciones y acrecentarse en el tiempo.

Palabras clave: estética ecológica, sostenibilidad, diseño permacultural, conciencia ecosistémica, transición ecosocial.

1. Introducción

Desde la experiencia de los cambios ideológicos y políticos de los siglos XIX y XX, podemos afirmar que no hay revolución exitosa sin una nueva estética asociada que configure su imagen identitaria y aglutine a la sociedad revolucionaria en torno a sus símbolos y objetivos (Albelda y Sgaramella, 2015). Cuanto más drásticos sean los presupuestos revolucionarios, más innovadora deberá ser la estética que potencie los cambios que se proponen, y enfatice las diferencias en relación al modelo anterior. La estética, aquí, no se refiere sólo a la expresión artística vinculada al cambio ideológico -su publicitación propagandística- y al revestimiento decorativo de sus artificios, sino al conjunto de la materialización cultural, a la concreción física de la nueva cosmovisión: la estética sistémica, los modelos de producción, de intervención en el territorio, de ciudad, de escala...

En la medida en que la ética ecológica y las políticas ecosocialistas plantean unos objetivos radicalmente opuestos al modelo BAU, así también su estética deberá ser antagónica en su formulación y desarrollo. Vamos a tratar de enunciar las principales características definitorias de una estética vinculada a los movimientos de transición a culturas más sostenibles o, en palabras de Jorge Riechmann, una nueva estética para una edad solar (Riechmann, 2018), mostrando su valor revolucionario en relación a los principios estéticos del capitalismo tardío, que ya ha comenzado su declive. Tras ello, veremos en qué medida ya existe una aplicación práctica de la misma y qué vías de desarrollo de escala puede tener, así como las dificultades para su enraizamiento generalizado, tanto en el plano del imaginario como en la concreción de una antropización con sensibilidad ecosistémica.

2. Antagonismos estéticos: BAU frente a una estética de la sostenibilidad

Para lograr una mayor claridad descriptiva, vamos a enunciar las características más sobresalientes de la estética -y la estética sistémica- del capitalismo tardío, que para resumir lo denominaremos con la convención BAU (*Business As Usual*), y las propias de los modelos de transición a la sostenibilidad, alentados por los principios de la ética ecológica. La estética BAU es relativamente fácil de describir: materializa y potencia el conjunto de innovaciones tecnocientíficas que caracterizan a nuestro tiempo presente -arte digital, realidad aumentada, hiperconectividad, bioarte, arquitectura *hightech*, estética posthumana...-, y se ocupa de consolidar un relato positivo de la idea de progreso prometeico -consumo sostenido incentivado por la innovación y la sofisticación tecnocientífica-, configurando una sólida cosmovisión todopoderosa y omnipresente. Cabe precisar que la gran capacidad contemporánea de creación de mundos virtuales -nuestro tiempo de pantalla suele ser mayor que la experiencia directa de la realidad física- facilita la identificación con las promesas imposibles de crecimiento y superación de las sucesivas crisis a través de la exacerbación del actual modelo económico y de producción.

Desde esta perspectiva amplia que proponemos, la estética no se ocuparía de la producción estrictamente artística sino, decíamos, de la concreta materialización del conjunto de los procesos antrópicos, y de la percepción empática de los mismos. Así, llevamos más de medio siglo de construcción exitosa de una estética positiva en torno al capitalismo consumista -desde el *Pop Art* de los años 60 del siglo pasado y los relatos audiovisuales de la *American Way of Life*-, con su prolongación contemporánea a través de mundos digitales fascinantes. La cosmovisión resultante es capaz de marginar sin el menor recato la evidencia física del progresivo deshacimiento del mundo físico -y de sus servicios ecosistémicos- que permitió décadas de exceso insostenible. Es más, se construyen en la actualidad numerosos relatos distópicos sobre colapsos globales y ecofascismos subsiguientes (Almazán, 2019) con gran regocijo del público espectador, como si la cosa no fuera con nosotros. Ésta puede ser la explicación más plausible de por qué tras treinta años de evidente deterioro de la naturaleza, y de más de veinte de advertencias sobre el cambio climático y el pico del petróleo, estemos avanzado perfectamente coordinados hacia el desastre global, y pasemos con inusitada rapidez sobre los colapsos parciales periféricos. La estética negativa de las Bahamas destruidas por el huracán de turno, o el recrudecimiento de las gotas frías

en el litoral mediterráneo -por citar también lo cercano-, no adquieren el protagonismo simbólico-mediático que deberían de tener, por ser inmediatamente sustituidos sus relatos por noticias de detalle humano o de corrección política al uso. La ideología BAU no admite una política o un documento audiovisual oficial que contemple la realidad y su previsible decurso negativo, sino que refuerza la estética y la sistémica de la huida hacia delante, lo que Riechmann califica como “antropofuga” (Riechmann, 2004).

Por el contrario, la estética y el diseño de sociedades sostenibles -vinculadas a una ideología ecosocialista y alentadas por la ética ecológica- se sitúan frente a la corriente principal BAU y, por lo tanto, dada la urgencia, se configuran desde un modelo revolucionario, no de tranquila y progresiva evolución. Las características de dicha estética ya han sido convenientemente enunciadas, también desde nuestro entorno de investigación (Riechmann, 2018),¹ así como su antagonismo por pares de opuestos en relación a la estética y la sistémica BAU (Albelda, 2019)². La tarea inmediata que hemos de afrontar es el desarrollo -tanto teórico como práctico- de los vectores y procesos que permitan una materialización exitosa de las mismas. Como bien sabemos, el enunciado y la publicación de teorías bien estructuradas y deseables de emancipación sociocultural no basta para la consolidación de las mismas, aunque suele ser un paso previo necesario. Hace ya algún tiempo que apuntamos que la teoría ética ecológica está suficientemente madurada, y que la urgencia ahora estriba en centrarnos en la reflexión sobre su praxis, que aborde los procesos de desarrollo y multiplicación.

¹ *Enseñar a vivir en lo próximo* se convierte en una tarea de enorme importancia para la cultura y las artes. Revalorizar el microcosmos, hacerlo hermoso y digno y habitable, sin descuidar las conexiones con el macrocosmos. Otra idea clave me parece *buscar una nueva simbiosis entre naturaleza y cultura* (tal y como he sugerido en un libro donde exploré la noción de biomímesis: Riechmann, 2006). A partir de ideas básicas como éstas, podemos concebir las líneas maestras de una nueva estética ecológica para la edad solar (sugerencias interesantes en Tafalla, 2005, 215 y ss.). En efecto: en la segunda mitad del siglo XX, hemos ido avanzando un poco -a trancas y barrancas- hacia una ética ecológica. Pero están sembradas también las semillas de una estética ecológica -que no podemos concebir desconectada de la ética-, cuyos valores podrían ser: *diversidad, sentido de la medida, sencillez, funcionalidad, singularidad, durabilidad, elegancia; aprecio por lo local, la vitalidad de la naturaleza y la fuerza del Sol*. Todo ello gobernado por una sentencia clave: “de nada en exceso”, como recomendaba la antigua sabiduría delfica, y redescubren los científicos sociales modernos (Linz, 2002).

² En lugar de la naturaleza como materia prima, la biosfera como casa.

- En vez del exceso -de consumo, de complejidad, de sofisticación, de tamaño, en el traspaso de límites...-, la suficiencia -adaptación al límite, simplicidad, cercanía, escala humana.
- Frente al culto tecnocientífico como principal proyecto civilizatorio y la superación de lo humano entendido como limitante, recuperar los saberes de las humanidades enfocados hacia una ética biosférica. Lo humano como potencia de reequilibrio, recuperando una conciencia ecosistémica de copertenencia y equifinalidad con todo lo que vive en la casa común.
- Frente a la unificación simplificadora del capitalismo y demás totalitarismos, la estética de la diversidad, natural y cultural. Tras una posmodernidad íntimamente aliada al capitalismo, trabajemos por una nueva época ecosocialista cuyo principal objetivo sea reestablecer las paces entre civilización y naturaleza: una cultura del reequilibrio y de la belleza circular.
- Frente al Capitaloceno, Bioceno: el tiempo de Gaia, como *oikos* común. Cuando plantemos árboles y beneficiemos la multiplicación de insectos, que sea llevados por el deseo de un acto ético reparador, no desde la voluntad exclusiva de crear sumideros de carbono o potenciar los necesarios polinizadores.
- En lugar de las fuentes de energía basadas en romper el átomo y quemar la materia orgánica compuesta por nuestro ancestros, aprendamos a recolectar los frutos del sol, del viento y del agua, con tecnología y autocontención.
- En vez de satisfactores de alto impacto ecosistémico que implican mucho dispendio de energía, materiales y dinero, busquemos satisfactores modestos e igualmente gratificantes que permitan vivir y disfrutar una vida buena sin destruir mucho a nuestro alrededor. En Valencia, por ejemplo, se puede ir a la playa en bicicleta o tranvía en verano, no hace falta tomar un *low cost* a Ibiza o Cancún.
- Ante la agresiva digitalización del mundo y de nuestras vidas, a través de la sustitución de la *physis* por sucedáneos en nuestros móviles, tabletas y televisores, retomar la reconstrucción física de los ecosistemas degradados y trabajar por una percepción consciente de lo cercano, que nos permita rescatar la empatía sensorial y comprender los procesos de causalidad e interdependencia.

Éste es nuestro gran reto teórico y político en relación a las transiciones ecosociales. A modo de ejemplo, en lo que al arte y a la creatividad se refiere, resulta más fácil diseñar entornos utópicos sostenibles, atractivos por su perfección como hito excepcional -a lo Masdar-, que desarrollar modelos creativos sistémicos más democratizables que permitan iniciar transiciones en los modelos de ciudad, en la sistémica metabólica social, comunitaria, etc.

En esta línea propositiva hemos publicado *Imaginar la transición hacia sociedades sostenibles* (Albelda, Parreño y Sgaramella, 2019) con vocación de aplicabilidad práctica, es decir ocupándonos de la resensibilización hacia la sostenibilidad de los procesos antrópicos en la biosfera, sin obviar la reflexión sobre sus dificultades. El gran reto inicial estriba en manejar una cosmovisión radicalmente antagónica a aquella en la que nos han educado: somos una cultura que identifica progreso con crecimiento y acumulación, incluso el exceso lo consideramos positivo; pero en un entorno de decrecimiento la sostenibilidad debe basarse en la suficiencia, la cercanía, lo compartido, incluso en la frugalidad. Se trata de potenciar como deseable un camino contrasistémico, que por otra parte es lo propio de cualquier revolución cultural, proponer un cambio radical de referentes y comportamientos, procesos de los que tenemos exitosos ejemplos en el pasado, por ejemplo con las vanguardias artísticas y literarias de principios del siglo XX.

A su vez, desde el deseo de acompañar en positivo el tiempo de transición decrecentista, el primer reto importante será precisamente el paso de una estética utópica a la praxis materializadora (Trainer, 2017). La urgente transición a agrupaciones humanas de menor escala con una economía relocalizada, o la sistémica ecológica biomimética en los procesos de producción y consumo necesitan, para pasar de ser modelos aislados de escasa capacidad de reproducción a convertirse en matrices de rápida replicación, de un relato sociopolítico exitoso -sin faltar a la verdad, sin embargo- y de una iconografía positiva que facilite el drástico cambio de objetivos civilizatorios. Sin ello, el engaño del crecimiento y la política-ficción serán siempre más deseables. Cada fracaso de crecimiento, cada desastre ecológico, cada visibilización de los límites con su efecto cultural de rebote, deben ser oportunidades para la construcción de discursos de cambio a modelos más sustentables. El mismo principio de oportunidad debe aplicarse a la esfera política. A este respecto, y por tomar como referencia lo cercano, cabe enunciar dos hitos ilustrativos del posicionamiento de la izquierda social: el 15 M y su posterior respuesta político-institucional, Podemos. La primera, la protesta ciudadana espontánea, junto a la crítica de la corrupción de los políticos, sí proponía procesos participativos, modelos de estructura rizomática y concreción sistémica relocalizada en los barrios a través de las Asambleas. Cabe también apuntar una magnífica estética asociada: la biodiversidad de las plazas ocupadas, su cromatismo, la reutilización de materiales, las tiendas multicolores, huertos sobre el cemento, multitud de mensajes espontáneos en interminables tableros de corcho que envidarían muchos *cyclocartelistas* del Mayo francés... Es precisamente esa creatividad espontánea, rápida y proactiva la que procede aplicar a una escala mayor y perdurable en el tiempo, para propiciar procesos de transición. Por el contrario, Podemos, la respuesta político-institucional que surge a la luz del 15M, capitalizando su fuerza colectiva, ha funcionado como un mecanismo inertizante de lo mejor del 15M: disolviendo la creatividad y la organización colectiva local, así como la autogestión y la lucha revolucionaria al margen de las instituciones. No hay una estética de Podemos, a no ser un color violeta explotado hasta la saciedad. Podemos no es decrecientista, ni lo es en general la izquierda, excepto sus facciones anticapitalistas, que sí lo son, según y como. Así, la supuesta izquierda alternativa institucional sigue alimentando el mito de la reconquista del estado del bienestar, en una nueva e imposible reedición keynesiana. Son caminos falsos, que desoyen todo lo que ya sabemos sobre procesos sociometabólicos, pico del petróleo, cambio climático y declive de la disponibilidad de materias primas.

Por lo tanto, y aunque suene duro escucharlo, tras estos amagos ficcionales, inviables ante la realidad de la crisis ecosocial global, hay que volver a retomar los pedregosos senderos revolucionarios, quizás de nuevo alentando su aspecto autoorganizado, cooperativo, sin por ello renunciar a estructuras de gobernanza colectiva que podrán o no coincidir con partidos políticos.³ Considero importante citar las formas de organización y los imaginarios necesarios para la transición,

³ En el reciente debate teórico sociopolítico, comienza a surgir la necesidad de una coexistencia -quizás con aspectos de simbiosis- entre un *New Green Deal* (Muño y Tejero, 2019), que permita aplicar los principios de la sostenibilidad a la esfera política, sobre todo en su escala municipalista, y planteamientos más cercanos a los principios libertarios y de la Ecología Profunda, que harán más énfasis

porque la estética con la que se materialicen deberá referirse a ellas. El principio de diversidad, que resulta evidente como fortaleza ecosistémica, es sin embargo difícil de manejar en la autoorganización de grupos con objetivos comunes que pretendan ser estables en el tiempo. Todo el éxito explosivo del 15 M, su belleza y la coexistencia de lo distinto autoorganizado, se muestra débil en su continuidad, cuando pretende asumir objetivos prácticos que incidan en el tejido social y productivo a medio y largo plazo. Es por ello que el modelo municipalista, las cooperativas y las asociaciones de barrio que trabajan en lo cercano tangible, son buenos laboratorios de transición para abordar posteriormente otras escalas mayores, como los procesos de desurbanización o la revolución en el transporte, ahora globalizado. De ahí la necesidad de conciliar una política que busque una buena gobernanza ecológica, que deberá lidiar con los grandes problemas de reconversión energética, planificación de la reducción del consumo de recursos, rediseño de la movilidad y del comercio y creación de leyes que permitan un decrecimiento ordenado; con un renacimiento de modelos comunitarios autoorganizados, que busquen precisamente potenciar la autonomía local a través de una actualización del diseño permacultural. Quizás el descrédito de la política -también la renovadora de izquierdas- nos haga olvidar que también son imprescindibles macroestructuras de gobernanza.

Por otra parte, recordando nuestra insistencia en la reflexión sobre la praxis, la idea de un nuevo humanismo ecológico está suficiente madura como para trabajar en su aplicabilidad política. Frente a la lógica del crecimiento y la uniformización, frente a la huida hacia delante del posthumanismo y la robotización, urge poner en práctica un nuevo ecosocialismo -descalzo- (Riechmann et al., 2018) que debe ser acompañado por una estética de la sostenibilidad. A este respecto quisiéramos apuntar que los últimos movimientos mediáticamente más sonoros -*Fridays for future* y *Extinction rebellion*-, con líderes atípicos como Greta Thunberg, no dejan de incurrir en el error de “demandar a los políticos una reacción eficaz”, como si los políticos tuvieran poder o interés en llevar a cabo el suicidio institucional que supondría tomar medidas realmente eficaces que nadie desea, comenzando por la mayor parte de la población, cómodamente ubicada en el engaño masivo. Dicho de otro modo: tras la expresión pública del descontento y del riesgo, cosa que se está haciendo bien, urge ponerse a construir las alternativas sistémicamente viables. Y eso es tarea tanto de la política como de los movimientos sociales, es decir, de la gente que se autoorganiza para transitar a otros modelos de sociedad y los pone en práctica. Contemporanizar el ideario ecosocialista como la única salida política posible en la actual coyuntura, pasa también por actualizar las herramientas comunicativas, los relatos y la estética que siempre ayudan a implantar una nueva cosmovisión. Es precisamente la urgencia la que nos obliga a sumar todas las iniciativas y destrezas que permitan modificar la inercia dominante.

3. Conclusiones: una estética para una sociedad en transición permacultural

Nosotros somos los hijos del petróleo y de los bits, pero hemos de educar una nueva generación discípula del sol y de la permacultura. Para lograrlo, necesitamos crear nuevos objetivos civilizatorios que sustituyan el deseo de crecimiento por la necesidad del reequilibrio, la competitividad por la colaboración. El gran reto que tenemos delante es hacer deseable la frugalidad propia de un ecosocialismo descalzo, frente a la política-ficción de una socialdemocracia expansiva que ya no es posible en los tiempos del *peak oil* y la progresiva escasez de recursos. Sin embargo, la renuncia a la opulencia de unos pocos y al exceso de muchas cosas inútiles y baratas es viable si conseguimos construir relatos y modelos donde se configure una vida buena generalizable en contextos de decrecimiento. A este respecto cabe destacar los modelos orgánicos, simbióticos y de nexo corto en los intercambios que caracterizan al “modelo tribu”, que puede aplicarse sistémicamente a barrios urbanos -cooperativas de consumo, huertos urbanos, redes de cuidados y educación...-, a pueblos -ciudades en transición, ecoaldeas, resiliencia rural...-, o a movimientos de alterconsumo -comercio justo, kilómetro cero, autoconsumo... A todo ello, en su concreción, le corresponde una estética biodiversa caracterizada por la creatividad colectiva, la multifuncionalidad, la pequeña escala, la sistémica orgánica parcialmente biomimética, la reutilización y la belleza de lo circular. Sin embargo, la transición de una estética antropocéntrica y tecnocéntrica a una ecocéntrica y

en la autoorganización y el retorno a modelos neorrurales permaculturales. En principio ambas opciones pueden ser compatibles y necesarias, en esferas distintas con posibilidad de establecer sinergias entre ellas.

sustentable no puede hacerse sin esfuerzo y un cierto sentimiento de pérdida, aunque sea de la supuesta centralidad del *anthropos* con sus múltiples artificios innecesarios. Es por ello que la transición necesaria no es algo que se pueda abordar como un proceso estrictamente técnico, sino como un cambio revolucionario que afecta a todos los ámbitos de lo humano: lo espiritual -la cosmovisión-, la política -los sistemas de organización colectiva-, la materialización de la cultura -la tecnociencia y la artesanidad- y su estética asociada. Para lograr que este proceso resulte atractivo, más allá del pequeño círculo de los concienciados, se hace necesario potenciar los valores sociales y comunitarios positivos -sin obviar la dificultad de lo colectivo en un mundo donde se ha exacerbado la individualidad-, así como la creatividad participativa en la construcción de un “nosotros” central, inclusivo y biosférico, tanto en el nivel simbólico como práctico. Aquí retomaremos la teoría permacultural de Mollison y Holmgren (Holmgren, 2013) buscando sobre todo una ampliación en la tipología de los diseños, y una redimensión de la escala. Frente a las estructuras piramidales, las redes rizomáticas y los trazados circulares. Frente al progreso lineal, sostenido y ascendente de la visión fáustico-anthropocéntrica, la espiral pequeña de la concha del caracol, y su estilo de vida lento y sencillo.

Sí, pero no partimos de cero, hemos de asumir la ingente tarea de un proceso de transformación de lo existente hacia una materialización diametralmente opuesta; proceso que, sabemos, no puede producirse sin amplios niveles de estrés social y colapsos parciales de los sistemas existentes. En cualquier caso, en este proceso en curso de destrucción y reconstrucción, de transformación y renacimiento, podemos afirmar que las transiciones ecosociales en marcha necesariamente se sustentan sobre tres patas: la ética ecológica que las fundamenta y da sentido; la estética permacultural que ofrece identidad y permite diseñar modos de antropización sostenible, y la política ecológica o ecosocial, que viabiliza nuevas formas de autoorganización social más resilientes.

4. Referencias

- ALBELDA, J. (2019). “La belleza circular. Una estética de la sustentabilidad para el capitaloceno”, en *Arte y políticas de identidad*. vol.20, Murcia, pp. 28-48.
- ALBELDA, J., PARREÑO, J. M. y SGARAMELLA, CH. (Eds.). (2019). *Imaginar la transición hacia sociedades sostenibles*. Valencia: UPV.
- ALBELDA, J. y SAGARAMELLA, CH. (2015). “Arte, empatía y sostenibilidad. Capacidad empática y conciencia ambiental en las prácticas contemporáneas de arte ecológico” en *Ecozona*, 6, pp. 10-25.
- ALMAZÁN, A. (2019). “El cuento de la criada y Castoriadis. Entre la creación social y el imaginario de la catástrofe” en *452Fº*, vol. 21. Universitat de Barcelona.
- GARCÉS, M. (2017). *Nueva Ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.
- HOLMGREN, D. (2013). *Permacultura*. Castellón: Kaicron.
- MUIÑO, S. y TEJERO, H. (2019). *Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal* Madrid: Capitán Swing.
- RIECHMANN, J. (2018). “Una nueva estética para una edad solar” en Albelda, J.; Marrero, J. M. y Parreño, J. Mª. (Eds.). *Humanidades ambientales: pensamiento, arte y relatos para el Siglo de la Gran Prueba*. Madrid: La Catarata.
- (2006). *Biomínesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Madrid: La Catarata.
- (2004). *Gente que no quiere viajar a marte: ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*. Madrid: La Catarata.
- RIECHMANN, J. et al. (2018). *Ecosocialismo descalzo. Tentativas*. Barcelona: Icaria Antrazyt.
- TAFALLA, M. (2019). *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Madrid: Plaza & Valdés.
- (2005). “Por una estética de la naturaleza: la belleza natural como argumento ecologista”, *Isegoría*, 32, pp. 215-226.
- TRAINER, T. (2017). *La vía de la simplicidad. Hacia un mundo sostenible y justo*. Madrid: Trotta.